

TRIBUNA ABIERTA

¿Negacionismo?



POR ANTONIO NARBONA

Es frecuente destacar el victimismo de los andaluces (sin precisar cuántos o cuáles), su creencia de que son menospreciados, aunque no queda claro por quiénes

PARA criticar un escrito mío de apenas cuatro mil caracteres tipográficos sobre la pretensión de dos jóvenes titulados en Filología de «constituir» una Academia Andaluza de la Lengua, gastó unos cuarenta mil el profesor de Lengua Española M. Rodríguez Illana («A vueltas con el españolismo lingüístico», LaHaine.org/proyectededesobedienciainformativa). Hasta el uso del plural *hablas andaluzas* le molesta. Y en *El español hablado en Andalucía*, título del libro que escribí en colaboración con R. Cano y R. Morillo, ve «un nuevo *tour de force*» de la «pedantocracia académica andaloespañola» y del «sector cultural y político que la secunda». Ahí queda eso.

Nada importa que piense que no tengo mucha idea de lo que pasa con el *andaluz* (o de lo que le pasa al *andaluz*). Algo me habría preocupado que me califique de *negacionista* (palabra tan oída durante la pandemia), si no fuera porque, según él, niego una cosa y su contraria, y eso ya es mucho negar.

Para *demonstrar* lo equivocado que estoy por afirmar que «ninguna investigación rigurosa ha determinado el alcance del denominado complejo de inferioridad que se suele atribuir a los andaluces», recurre en primer lugar a su experiencia: «Al dedicarnos a la docencia en Secundaria, constatamos año tras año el *implacable* y *generalizado complejo de inferioridad lingüística* manifestado por un alumnado de la ESO que en su inmensísima mayoría cree, y así lo expresa, que efectivamente, *habla mal*». Si es verdad que eso pasa por la cabeza de los escolares, queda *complejo* para rato. Menos mal que a esa edad se está a tiempo de cambiar. Además ¿qué pasa con los no pocos que, lejos de estar ‘acompleja(d)os’, están convencidos de que —como escribió M. Machado— hablan «el mejor, más dulce y delicado castellano del mundo»?

Después, se escuda en *Stigmatizing language: The Case of Andalusian*, tesis doctoral de E. Snopenko, a la que, pese a haber sido defendida en California hace años, no he podido acceder (tampoco Rodríguez Illana, que ha tenido que conformarse con un breve resumen en que se reproducen opiniones que tildan al andaluz de impuro, cerrado...), y, sobre todo, en «Ideologías lingüísticas: descapitalización fanoniana de los andaluces» y «La *hybris* del punto cero metalingüístico. Andalucía como no-Ser», de Ígor Rodríguez-Iglesias. Este, también profesor (universitario) de Lengua, tras preguntar «¿Has sufrido algún tipo de discriminación por tu habla fuera de Andalucía?», dice haber obtenido variadas respuestas, desde los que dicen haber sido acusados en ocasiones de no saber hablar, de hablar mal o de que

no se les entendía, hasta los que confiesan haber tenido que ocultar a veces su acento o adoptar uno «neutro» (¿), pues se reían de ellos, pasando por los que fueron confundidos con «gitanos» o tachados de «paletos», los convencidos de que quienes los llaman *graciosos* lo hacen de forma despectiva, etc. Su conclusión es que los prejuicios lingüísticos *des-valorizan*, *des-capitalizan* y *des-legitiman* a unos hablantes, sobre los que acaban imponiéndose otros. No queda claro quiénes son esos ‘otros’.

Es frecuente destacar el victimismo de los andaluces (sin precisar cuántos o cuáles), su creencia de que son menospreciados, aunque no queda claro por quiénes. Ahora mismo se discute en el Congreso de los Diputados una PNL, presentada por Podemos, con el fin de acabar con la «discriminación por acento», no sólo de los andaluces, también de extremeños, murcianos y canarios. Desde luego, hay que descartar que la reivindicación de esa ‘dignidad’ —que los meridionales, se dice, nunca debieron ‘perder’— obedezca a una masoquista complacencia en el sufrimiento.



ABC

Si a recuperar el *orgullo* pisoteado contribuyera el hablar *más* (en) andaluz (es lo que parece se pretendía con el lema HABLA ANDALUZ SIEMPRE —variante de otro anterior, HABLA BIEN/HABLA ANDALUZ—, impulsado por un partido político), habría que indicar *cómo*, es decir, a qué usos lingüísticos se asigna el papel de marcadores positivos. No se hace, claro.

Lo que sí se hace es camuflar *el* andaluz bajo *lo* andaluz. Pero difícilmente el ancho manto de la ‘cultura’ de Andalucía —no precisamente homogénea ni uniforme— puede enmascarar la heterogeneidad de las formas de hablar. Al menos, habría que advertir que rasgos que sirven para reconocerlas y caracterizarlas (básicamente de pronunciación: *ceceo*, *arcarde*, *jembra*, *mushasha*...), al pesar negativamente, se dejan a un lado a la hora de valorarlas.

¿No será que, al convertir al *andaluz* en *bandera* por la que merece la pena luchar, no se quiere ver que el ‘tirano’ al que reclamar la libertad está también dentro de nosotros, el *español*, que *hablamos a nuestro[s] modo[s]*? Lo mismo que cabe decir de los castellanos, canarios, mexicanos...

ANTONIO NARBONA ES CATEDRÁTICO EMÉRITO DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA

